



# PRESERVAR LA CONCIENCIA HISTÓRICA DEL VENEZOLANO

GERMAN CARRERA DAMAS

HISTORIADOR Y PROFESOR UNIVERSITARIO

**L**a flaca conciencia histórica del venezolano medio está sometida a una dura prueba. Se le impulsa a reducir su nivel crítico y a sustituir sus escasos conocimientos por simplismos, dirigidos a excitar sus más elementales sentimientos y no a fortalecer su razón. En suma, se le prepara para recibir el implante de fórmulas ideológicas elementales. La síntesis de este proceso de descalificación de la conciencia histórica ha sido la exaltación de las formas de gobierno no democráticas, y aun francamente dictatoriales, frente a las democráticas.

El desguazamiento de la conciencia histórica, para montar mecanismos de control ideológico, ha sido practicado durante casi todo el siglo. Según los regímenes, esta operación ha variado en intensidad y rigor, pero no en propósito. Tras comienzos por lo general ridículos, y hasta caprichosos, llega a montarse eficacísimos aparatos de control de la conciencia social.

Corresponde al historiador procurar preservar la razón histórica, contrariando tal operación ideológica mediante la resultante de actos como el Segundo

Seminario de Investigación Historiográfica, recién verificado en la Universidad de Los Andes, dedicado al estudio de “Historiógrafos de Venezuela del siglo XX”. Dio oportunidad a más de sesenta historiadores y demás científicos sociales, de evaluar la obra de otros tantos autores, con el objeto de “advertir su aporte al conocimiento y comprensión del proceso histórico venezolano y de su historiografía, pretendiéndose que ello ocurra más con sentido de crítica historiográfica que de apología”.

Participé en el seminario mediante dos ponencias, una intitulada “José Gil Fortoul, escritor de la historia del proyecto nacional venezolano”, y otra intitulada “Historia contemporánea: una exploración metodológica en tres tiempos”. Además, correspondí a la honrosa invitación a pronunciar unas breves palabras de apertura, de las cuales extraigo pasajes incorporados a este artículo.

Esta nueva realización del Grupo de Investigación sobre Historiografía de Venezuela ocurre en momentos que comienzan a poblarse de grandes y graves dificultades para la investigación histórica, pero sobre todo para la historiográfica. La demanda de legitimación de proposiciones políticas y sociales, de suyo altamente cargada de riesgos, no hará sino

aumentarse y volverse cada día más apremiante.

Aunque procedente de diversos centros de interés, de esas demandas reviste especial peligrosidad la que muy probablemente aspirará a convertirse en una nueva historia oficial. Es la tendencia normal de todo proceso político que parta de la negación del conocimiento histórico formado. No sometiéndolo a revisión crítica sino volviéndolo tábula rasa. Ineludiblemente tomará caminos de regimentación y, eventualmente, de represión. Si en democracia este riesgo no puede ser subvalorado, en los regímenes no democráticos a la historia se le asigna una función de crudo inductramiento. Las hendijas en la dura caparazón de las dictaduras tradicionales, por las que podían filtrarse destellos científicos, son selladas por la pseudoideología oficial.

Al mismo tiempo, la preservación de los valores de la investigación científico-crítica en historia e historia de la historiografía, vinculada con el ejercicio de la democracia, no sólo en el ámbito académico sino también en el social, planteará demandas no menos apremiantes, tanto de orden científico como espiritual, intelectual y social. No podrá el historiador sustraerse a compromisos en estas materias sin que su obra resulte viciada de oportunismo, evasión o pura y simple complicidad con procedimientos antidemocráticos.

La mayoría de los autores estudiados en el seminario, vivieron circunstancias como las anunciadas hoy. Del estudio de su experiencia sacarán los participantes ajustadas conclusiones. Tan sólo como contribución al debate, me permito adelantar algo de lo

que habría dicho.

Del estudio de la vida y pasión de los historiadores estudiados en el seminario, parece posible extraer sólo un patrón de conducta digno. Está formado por la conciencia profesional del historiador, representada por su celo metodológico; honestidad intelectual e irrenunciable reivindicación del espíritu crítico.

En torno a este eje se han asumido posiciones cuyos extremos han sido dos de las tres más duras y crueles penas: el silencio y el éxito. La otra pena, definitiva, la del olvido, ha estado reservada a quienes no sólo se apartaron del patrón de conducta digno, sino que quisieron imponer su corrupción intelectual y científica a quienes los rodeaban, volviéndose censores y vigilantes al servicio de la historia oficial.

Felizmente, la institucionalización de la democracia, al comprender la autonomía universitaria y la libertad de la investigación y comunicación de sus resultados, salvó a los historiadores del silencio y el exilio. Hago votos porque así continúe.

En suma, vivimos circunstancias que podrían llevarnos a descubrir, en la práctica de la intolerancia científica, virtudes que no anidan en la tolerancia común. Al mismo tiempo se plantearía la dificultad de inmunizar la genuina tolerancia contra el virus de la cobardía cívica.

Hago votos, también, porque el sentido histórico y el ejercicio del espíritu crítico nos permitan, a los historiadores, trazar rumbos correctos para nuestro desempeño científico y profesional (E)